



Espacio, región y racialización en Colombia

DOI:

[10.4067/S0718-34022020000200031](https://doi.org/10.4067/S0718-34022020000200031)

Document Version

Final published version

[Link to publication record in Manchester Research Explorer](#)

Citation for published version (APA):

Wade, P. (2020). Espacio, región y racialización en Colombia. *Revista de Geografía, Norte Grande*, 2020(76), 31-49. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022020000200031>

Published in:

Revista de Geografía, Norte Grande

Citing this paper

Please note that where the full-text provided on Manchester Research Explorer is the Author Accepted Manuscript or Proof version this may differ from the final Published version. If citing, it is advised that you check and use the publisher's definitive version.

General rights

Copyright and moral rights for the publications made accessible in the Research Explorer are retained by the authors and/or other copyright owners and it is a condition of accessing publications that users recognise and abide by the legal requirements associated with these rights.

Takedown policy

If you believe that this document breaches copyright please refer to the University of Manchester's Takedown Procedures [<http://man.ac.uk/04Y6Bo>] or contact uml.scholarlycommunications@manchester.ac.uk providing relevant details, so we can investigate your claim.



Espacio, región y racialización en Colombia¹

Space, region and racialization in Colombia

Peter Wade² 

RESUMEN

Propongo que, para entender la reproducción de la desigualdad racializada y la operación del racismo, hay que apreciar como la intersección sociedad-espacio acumula dimensiones racializadas a través de la historia. En Colombia, las diferencias racializadas que iban surgiendo y tomando forma en el orden colonial al mismo tiempo iban adquiriendo unas dimensiones espacializadas. En este artículo, primero se aborda la relación teórica sociedad-espacio y, luego se describen los procesos históricos por los cuales las diferencias racializadas iban adquiriendo dimensiones regionales en Colombia. Se muestra cómo estas estructuras racializadas de región influyen en las relaciones sociales racializadas, por medio de la colonización fronteriza y la migración a las urbes. La conclusión reflexiona sobre la nación colombiana vista como entidad constituida por dinámicas relacionales que tienen dimensiones espacializadas y racializadas a la vez.

Palabras clave: Colombia, nación, región, racialización, racismo, desigualdad racial.

ABSTRACT

I propose that, to understand the reproduction of racialized inequality and the operation of racism, we must appreciate how the intersection of society and space historically accumulates racialized dimensions. In Colombia, the racialized differences that emerged and took shape in the colonial order simultaneously acquired spatial dimensions. In this article, I first address the theoretical relationship between society and space and then describe the historical processes by which racialized differences acquired regional dimensions in Colombia. I show how these racialized structures of region influence racialized social relations, through frontier colonization and urban migration. The conclusion reflects on the Colombian nation seen as an entity constituted by relational dynamics that have both spatialized and racialized dimensions.

Keywords: Colombia, nation, region, racialization, racism, racial inequality.

¹ Este texto es una versión revisada del capítulo 3 de mi libro *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993; edición en español: *Gente Negra, Nación Mestiza: Las Dinámicas de las Identidades Raciales en Colombia*, traducción de Ana Cristina Mejía, Bogotá: Ediciones Uniandes, Ediciones de la Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, Instituto Colombiano de Antropología, 1997).

Ingreso: 27-07-2018 / Aceptado: 30-05-2019

² Departamento de Antropología Social, Universidad de Manchester (Reino Unido). Email: peter.wade@manchester.ac.uk

“Hacer patria es matar costeños, entonces haga patria.” Grafiti visto en las paredes de los baños de la Universidad de Antioquia, Medellín (Gudiño Keifer)

“Queda toda una historia por escribir sobre espacios, que a la vez sería la historia de poderes (ambos términos en plural), desde las grandes estrategias de la geopolítica a las pequeñas tácticas del hábitat” (Foucault, 1980: 149).

Introducción

En las ciencias sociales, el análisis de la intersección entre sociedad y espacio ha cobrado importancia sobre todo desde las intervenciones teóricas de la geografía (Gregory & Urry, 1985; Harvey, 1982, 2005; Lash & Urry, 1993; Massey, 1984; Neely & Samura, 2011; Soja, 1985, 1989; Urry, 1985). En este artículo, propongo que, para entender bien la operación de los mecanismos del racismo estructural y la reproducción de la desigualdad racializada, es necesario apreciar como la intersección sociedad-espacio acumula dimensiones racializadas a través de una historia de larga duración –en el caso de Colombia, desde la época colonial temprana. Las diferencias racializadas que iban surgiendo y tomando forma en el orden colonial al mismo tiempo iban adquiriendo unas dimensiones especializadas. Simultáneamente las estructuras espaciales –por ejemplo, las de “región”– que iban tomando forma en el orden colonial iban adquiriendo matices racializadas. De esta manera, los procesos de jerarquización de los espacios, en términos de la economía política, también eran procesos de jerarquización raciales. Es decir, la diferencia racial en Colombia no está simplemente “reflejada” en categorías espaciales, sino que está constituida por estructuras espaciales. Y las intersecciones entre relaciones sociales racializadas y estructuras espaciales siguen moldeando la desigualdad racial y las formas del racismo hoy en día en Colombia.

En lo que sigue, primero abordo la relación teórica entre sociedad y espacio y luego esbozo los procesos históricos por los cuales la diferencia racializada iba adquiriendo dimensiones regionales en Colombia. Indago sobre cómo estas estructuras racializadas de región, influyen en las relaciones sociales racializadas, por ejemplo, por medio de la colonización fronteriza y la migración urbana. Termino con algunas reflexiones sobre la nación colombiana como entidad constituida por dinámicas relacionales que tienen dimensiones espacializadas y racializadas a la vez. En términos metodológicos, aunque soy antropólogo y mi obra más extensa depende de métodos etnográficos, este artículo se basa en literatura teórica e histórica, y en la literatura sobre la distribución regional de las poblaciones negras en Colombia.

Espacio y sociedad

En el pasado, la antropología y la sociología solían ignorar el espacio como una dimensión analíticamente significativa, en contraste con la importancia atribuida al tiempo y a la historia (Massey, *et al.*, 1984; Neely & Samura, 2011). Igualmente, durante su vida, la geografía tendió a divorciarse de la teoría social e intentó constituir una “ciencia espacial” en la que los patrones espaciales se explicaban mediante procesos espaciales (Cloke, *et al.*, 1991). Más recientemente, la extensa crítica del positivismo en la geografía ha restablecido la consideración más explícita de los procesos sociales y, por lo tanto, de la teoría social (Gregory & Urry, 1985). Para muchos

teóricos sociales –sociólogos y antropólogos dedicados al análisis de los fenómenos sociales– el espacio continúa siendo una dimensión que se da por sentada o se ve como un espejo o expresión simbólica de ciertas estructuras o conceptos sociales. Así, por ejemplo, el ordenamiento espacial de una maloca indígena de las tierras bajas amazónicas, expresaría ciertos aspectos de la estructura social, así como, la disposición en el espacio de las diversas partes de una ciudad “dice algo” sobre la sociedad creó el entorno urbano. Tal vez, una excepción a esta tendencia fue la escuela de Chicago que, con su interés en la ecología humana, hizo de las estructuras espaciales una parte integral de sus teorías, planteando una visión de comunidades comprometidas de alguna manera en una lucha biótica por su nicho urbano. Hace unas décadas, Giddens abrió el campo con sus conceptos de la rutinización y el distanciamiento espacio-temporales (Giddens, 1984). En la geografía humana, también, ha habido un debate sobre las relaciones sociales y las estructuras espaciales.

Los que participaban en este debate generalmente rechazan la posibilidad de que el espacio tenga su propia naturaleza inherente; en cambio, “la importancia de las relaciones espaciales depende del carácter particular de los objetos sociales en cuestión” (Urry, 1981: 458). “Por lo tanto, el espacio es un conjunto de relaciones entre entidades y no es una sustancia. Como resultado, por lo tanto, es posible que hagamos un error de categoría conceptual si hablamos de ‘sociedad’ y ‘espacio’ como interactuantes” (Urry, 1985: 25). En cambio, el espacio y la sociedad son inseparables: Soja sostiene que “la espacialidad es la sociedad ... su concretización, su constitución formativa” (Soja 1985: 95); o, como dice Gregory, “la estructura espacial no es simplemente la arena dentro de la cual se expresan los conflictos de clase, sino también el terreno en el cual –y, en parte, a través del cual– se constituyen las relaciones de clase” (Gregory, 1978: 120). Parafraseando a Giddens sobre el concepto de estructura social, Soja afirma que el espacio es “tanto el medio como el resultado de la acción y la relación sociales” (Soja, 1985: 94). Esto significa que la sociedad produce estructuras espaciales (a través del proceso de constituirse como una sociedad concreta), pero que estas estructuras espaciales actúan como una restricción y a la vez un conjunto de recursos para el desarrollo de la sociedad. Una vez que las relaciones sociales tienen una forma espacial dada, esto afecta la forma en que esas relaciones pueden cambiar y desarrollarse (Gregory, 1989; Harvey, 1982; Massey, 1984).

Parte de este enfoque es, sobre la fragmentación de los conceptos holísticos de la sociedad en lo que Giddens (1984: 118) llama “localidades” o más generalmente en regiones, aunque siempre se ven en el contexto de sus relaciones de interdependencia (Massey, 1984: 118, Gregory 1989: 84). Porque si la sociedad está constituida espacialmente (así como temporalmente), esto tiende a ocurrir mediante la creación de “pequeñas áreas de orden local” (Hägerstrand, citado en Gregory 1989: 84) que son concentraciones de ciertas interacciones sociales –en la fraseología de Giddens, “la zonificación del espacio-tiempo en relación con las prácticas sociales rutinarias” (1984: 119). Sin embargo, las regiones locales son interdependientes y sus interconexiones forman parte de la constitución espacial de la sociedad: “la singularidad de los lugares y los sistemas de interdependencia, en constante evolución y cambio, son dos caras de la misma moneda” (Massey, 1984: 120). Un examen de la relación entre el espacio y la sociedad conduce a considerar cómo la sociedad debe constituirse a sí misma de una manera espacialmente diferenciada o regionalizada.

Esto nos da unas herramientas conceptuales para considerar el espacio y la raza en Colombia. Colombia es un país altamente regionalizado, y por razones históricas, la raza también tiene una

dimensión regional. Hay oposiciones entre las costas “negras”, el interior “blanco-mestizo” y las tierras bajas amazónicas “indias”, y estas categorías amplias e inclusivas se utilizan al nivel muy general: la raza se habla a menudo en voz locativa, por así decirlo, y esto se debe a que las identidades raciales están fuertemente regionalizadas. De manera más pertinente, en algunos contextos, como el de la costa del Pacífico, las relaciones sociales que involucran identidades raciales operan a través de estructuras regionales; en este sentido, las relaciones raciales son relaciones regionales. Las estructuras espaciales pueden verse como el resultado de, y el medio para las relaciones sociales que tengan un discurso racializado.

La regionalización de la diferencia racial en Colombia

El desenvolvimiento del mestizaje en las diferentes regiones de Colombia no ha sido uniforme. Diferentes factores económicos, políticos y demográficos han provocado una serie de patrones regionales que corresponden en el sentido más amplio, a las principales diferencias topográficas del país (Agudelo, 2013; Appelbaum, 2003, 2016; Leal León, 2010; McGraw, 2007; Múnera, 2005; Wade, 2002b). Simplificando un poco por el momento, podemos distinguir las cordilleras andinas, las dos regiones costeras –la del Pacífico al oeste y la del Caribe al norte– y las onduladas llanuras y selvas de las cuencas de los ríos Amazonas y Orinoco al oriente. Harris (1964) ha sostenido que en América Latina en general las tierras altas andinas tendían a tener poblaciones indígenas grandes, densas y asentadas, con una diferenciación política notable: los principales ejemplos son los imperios inca y azteca. Esto facilitó la explotación del trabajo indígena, en parte porque ya existían canales políticos para organizar la fuerza de trabajo. Las regiones de las tierras bajas, en cambio, tenían poblaciones indígenas más dispersas y menos asentadas con un menor grado de estratificación política: tendían a ser más refractarias a la dominación y, a menudo, más hostiles. Luego Harris continúa argumentando que en las tierras bajas la mano de obra indígena se desintegró bastante rápido bajo el régimen colonial y fue reemplazada por africanos esclavizados, mientras que, en las tierras altas los españoles podían continuar explotando el trabajo indígena con relativa facilidad. El mayor contraste se da entonces entre Brasil y los regímenes hispanoamericanos en Mesoamérica y los Andes. En la primera zona, los africanos y negros esclavizados eran numerosos, mientras que, pronto surgió una clase libre, en su mayoría mestiza, superando en número a los blancos, negros e indígenas. En la segunda zona, los indígenas siguieron siendo un componente principal, y el grupo de personas libres mestizas era más pequeño. En general, Colombia encaja en el lado brasileño del contraste de Harris. En 1770, la Audiencia de Santa Fe de Bogotá (que incluía casi todo de lo que hoy es Colombia, más Panamá y Venezuela) tenía menos del 20 por ciento de indígenas y casi el 50 por ciento de “libres” (personas libres de todos los colores, excepto los blancos). La Audiencia de Quito (aproximadamente Ecuador y algo del sur de Colombia) tenía un 50 por ciento de indígenas y solo un 10 por ciento de libres.

Dentro de lo que es hoy Colombia, sin embargo, la situación era más compleja. Al nivel del mismo territorio existía el contraste entre las tierras altas y las tierras bajas: las tierras altas andinas albergaban poblaciones indígenas relativamente grandes y densas, mientras que las tierras bajas generalmente tenían grupos culturales más dispersos. Bajo el régimen colonial, la población indígena se desintegró a través de la mortalidad y la asimilación cultural de los indígenas en las filas de los libres. En 1778, casi la mitad de los que permanecían dentro de la clasificación censal de “indio” se encontraban en las provincias montañosas orientales de Santa Fe de Bogotá y Tunja,

aunque estas casi 70,000 personas formaban menos del 20 por ciento de la población local, en comparación con el 40 por ciento de libres y el 37 por ciento de blancos (Pérez Ayala, 1951). Aun cuando las tierras altas tenían la mayor concentración de indígenas, comunidades importantes de indígenas fueron censadas en otros lugares, especialmente en la región del Caribe, en las llanuras de la cuenca del Amazonas y en el litoral del Pacífico (ver tabla 1).

Los esclavizados estaban concentrados en regiones donde el trabajo indígena era problemático. Las dificultades surgieron de la escasez, la hostilidad, el aislamiento de la población indígena o porque el principal requisito de mano de obra era en las minas de oro y se consideraba que los indígenas eran menos productivos y resistentes que los africanos esclavizados. Tal fue su mortalidad en las minas que en 1729 un edicto real prohibió su uso para este fin (King, 1945). Los esclavizados se concentraron principalmente en las minas de oro de la región de la costa del Pacífico, donde formaron una mayoría hasta que fueron superados en número por los libres a fines del siglo XVIII. En la parte más al sur de este litoral, las minas generalmente eran propiedad de españoles o blancos criollos que vivían en Popayán y sus esclavizados también trabajaban en las haciendas de oro y haciendas en el sur del valle del Cauca (Taussig, 1980a: 46). Hubo también un gran número de esclavizados en las minas de oro de Antioquia, aunque estaban más dispersos aquí, y finalmente la región caribeña tenía una importante concentración de negros esclavizados, alrededor de un tercio de los cuales se agrupaban en el puerto esclavista de Cartagena y sus alrededores.

La presencia española comenzó en la costa caribeña, y se establecieron puertos permanentes en Cartagena y Santa Marta. Pero los piratas ingleses acosaron a estas ciudades, el clima era feroz y palúdico, el suelo produciría una sola cosecha al año y todavía había grupos indígenas hostiles en el interior. En el interior andino, específicamente en la cordillera oriental, los conquistadores encontraron una población indígena más fácil de controlar, un clima más favorable y una producción agrícola más fácil. La región andina se convirtió en una especie de "corredor" que se recorría de norte a sur, como lo describió Francisco Silvestre en 1788, concentrando allí la mayor parte del poder y la riqueza de la Nueva Granada colonial (Silvestre, 1950 [1789]: 81). Los blancos se concentraron predominantemente en las provincias montañosas orientales de Tunja y Santa Fe de Bogotá. Aquí, en 1778, se contaron unos 128,000 blancos de un total de poco más de 188,000 para la Audiencia de Santa Fe. Además, se encontraron blancos en grandes números en la ciudad de Cartagena y en las provincias de Antioquia y Mariquita (una provincia en el valle del río Magdalena, al oeste de Bogotá). Fuera de la Audiencia, pero aún dentro de las fronteras del Colombia moderno, la provincia de Popayán tenía una gran población blanca, centrada en la ciudad de Popayán.

Así, surgieron diferentes regiones con proporciones variables de cada grupo racial. En términos generales, las tierras altas andinas albergaban a la mayoría de blancos e indígenas, las llanuras y junglas amazónicas estaban dominadas por indígenas y las costas tenían un fuerte elemento negro con un número no despreciable de indígenas (ver tabla 1; para cifras del siglo XX, ver DANE, 2006; Smith, 1966). En la mayoría de las áreas, los libres eran mayoría, pero la mezcla racial de esta categoría era muy variada.

Las proporciones de españoles, negros e indígenas presentes, fueron solo un factor en la mezcla racial de cada región. Los procesos de mestizaje también difieren regionalmente, de acuerdo con el contexto económico y social local. Así, por ejemplo, el gran número de negros esclavizados

en Antioquia se mezcló de tal manera que el patrimonio negro de la región es hoy obvio solo en ciertos distritos mineros de las tierras bajas. El componente esclavizado de la región costera del Caribe, proporcionalmente menos del total que en Antioquia, ha engendrado una presencia negra contemporánea mucho más aparente, aunque es más evidente en un cinturón bastante estrecho a lo largo del litoral mismo y a lo largo del bajo río Magdalena. De nuevo, en la región costera del Pacífico, la mezcla negro-indígena ha sido limitada en comparación con la región caribeña donde la política colonial lo alentó.

La ubicación del trabajo indígena o negro, y la concentración del asentamiento español en las tierras altas crearon un patrón de regionalización que fue reforzado por otros factores. El terreno excepcionalmente accidentado del país y las dificultades de comunicación que imponía, se combinaron para “fragmentar la economía en una aglomeración de economías regionales poco amplias y ampliamente autónomas” (McFarlane, 1977: 23). Las regiones estaban bajo una administración virreinal y tenían un comercio interregional, pero no estaban bien integradas y el transporte era un problema importante. Para la época colonial, Twinam (1982: 83-84) nos dice que el viaje de Cartagena a Medellín duró cincuenta y dos días, mientras que el viaje de ida y vuelta a Honda, el puerto del Magdalena para acceder a Bogotá, duró veintiséis días. Marzahl (1978: 7-8) señala que el viaje de Popayán a Cartagena tomó tres meses, mientras que Honda-Cartagena podría tomar de treinta a sesenta días (Gilmore & Harrison, 1948: 336). Cada región tenía que canalizar sus enlaces a Europa a través de Cartagena, a menudo a través de Honda, y estaba en muchos sentidos tan fuertemente ligada a España como lo estaba a las otras regiones de Nueva Granada. Toda la economía del virreinato dependía fundamentalmente de la exportación de metales preciosos y algunas pieles de animales a cambio de los cuales se importaban productos de Europa. La agricultura era limitada y abastecía demandas regionales y un pequeño comercio interregional.

La independencia inicialmente no alteró esta situación, de hecho, más bien al revés. El mayor comercio con otros países europeos, especialmente Inglaterra, integró áreas selectas aún más estrechamente en una economía externa, “dejando el vasto resto del país como un mosaico de unidades autárquicas” (Taussig, 1987: 296). El transporte mejoró solo lentamente. El cónsul británico informó en 1889 sobre el “terrible estado de las carreteras principales”, y señaló que el camino de Bogotá hacia Honda en el Magdalena, y por lo tanto hacia el exterior, era casi intransitable y que el tiempo de “transporte de mercancías en esa corta distancia ha sido mayor que el llevado de Europa a Honda” (citado en McGreevey, 1971: 245-246). En 1913, Phanor Eder (1913) aún podía escribir que “en materia de transporte, Colombia todavía está en la edad media”. Parsons, escribiendo en 1949, descubrió que “a pesar de la penetración de ferrocarriles, camiones y aviones, la mula y el buey de carga sigue siendo indispensable para la economía antioqueña de montaña” (Parsons, 1968 [1949]: 160). Mientras tanto, las oligarquías regionales gobernaban “en un momento en que la nacionalidad no se había constituido y se enfrentaba a la ausencia de una clase homogénea que tuviera una esfera nacional de dominación” (Tirado Mejía, 1984: 347). Los cambios de poder “condujeron del centralismo a la fragmentación provincial, luego al federalismo a través de la consolidación de las provincias para formar estados, y finalmente en 1861 a la creación de estados soberanos”, constituyéndose como los Estados Unidos de Colombia, una situación que prevaleció hasta 1886 cuando Rafael Núñez impuso un régimen centralista (Park, 1985: 15).

Es así que en el proceso por el cual la sociedad colombiana que se constituyó espacialmente, se iban creando regiones que tenían mezclas raciales muy diferentes. En breve, las diferencias raciales se regionalizaron. Las tierras altas andinas emergieron como una región mestiza blanca, siendo comunes mezclas de blanco-indígena. La costa del Pacífico se convirtió en una región principalmente negra. La costa del Caribe desarrolló una mezcla triétnica con un fuerte patrimonio negro e indígena en las clases bajas y algunos enclaves negros e indígenas. Y la región amazónica se mantuvo predominantemente indígena. Hay un patrón espacial distintivo de la estructura general de la nacionalidad colombiana y su orden racial.

Dada esta diferenciación espacial, pueden surgir contextos donde los negros (y/o indígenas) forman la mayoría de la población y tienen una identidad relativamente definida como negros, frente a otros que se clasifican a sí mismos como pertenecientes al mundo no negro en términos de su categorización socioracial y su comportamiento cultural. Estos contextos son naturalmente variados (Camacho & Restrepo, 1999; Mosquera, *et al.*, 2002; Restrepo & Rojas, 2004). En algunos casos, notablemente el de la costa del Pacífico, regiones enteras, fácilmente identificables ecológica y geográficamente, son “negras”: las relaciones de raza y región se superponen fuertemente (Agier *et al.*, 1999; Asher, 2009; Escobar, 2008; Friedemann, 1974; Oslender, 2016; Restrepo, 2011, 2013; West, 1957; Whitten & Friedemann, 1974). Otros contextos están mucho más localizados y orientados a la comunidad. En la región costera del Caribe, hay diversos contextos “negros” que incluyen: algunos pueblos costeros (por ejemplo, Berrugas, La Boquilla, Barú, San Bernardo del Viento); algunos pueblos más tierra dentro (por ejemplo, San Onofre, Palenque de San Basilio); las zonas rurales a lo largo de la franja costera; los barrios élite de Cartagena donde los negros forman una clase de sirvientes, y los barrios de bajos ingresos de la misma ciudad (Cunin, 2003; Fals Borda, 1976, 1979; Friedemann & Patiño Rosselli, 1983; Moñino & Schwegler, 2002; Streicker, 1995; Wade, 2002b). Otro ejemplo es el Valle del Cauca, tanto al norte como al sur de la frontera entre los departamentos de Cauca y Valle del Cauca. Aquí los campesinos negros descendientes de los negros esclavizados y libres que trabajaban o vivían cerca de las grandes haciendas y minas alrededor de Puerto Tejada y Santander, forman una población que tiene su propia identidad negra (Arboleda, 1995; Barbary & Urrea, 2004; Friedemann, 1976; Friedemann & Arocha, 1986; Ng’weno, 2007; Taussig, 1980a). En todas estas situaciones, las circunstancias se han combinado para crear comunidades negras identificables con cierta identidad cohesiva como negros en sus relaciones con personas no negras.

Para la costa del Pacífico, el hecho de que las relaciones sociales de raza hayan desarrollado una forma regionalizada significa que el estudio de esas relaciones y su cambio a lo largo del tiempo está integrado en una serie de relaciones regionales. En este sentido, “el espacio es a la vez el medio y el resultado de la acción y la relación social” (Soja, 1985: 94). Importantes nexos de las relaciones raza-región están constituidos por dos procesos importantes que son parte del desarrollo económico y social de Colombia: la expansión de la frontera y la migración que va de las regiones más pobres a las más ricas. En cada caso, estos procesos pueden convertirse en el medio por el cual se reducen las ambigüedades latinoamericanas típicas que rodean la definición de negritud y no negritud, existe más acuerdo en los reclamos y las adscripciones de identidades raciales, y pueden ocurrir oposiciones negro / no negro relativamente claras, formando excepciones importantes a la llamada “maximización de la ambigüedad” latinoamericana (Harris, 1970). En cada caso, también, inciden las nociones hegemónicas de blanqueamiento. Mientras que la noción dominante de identidad nacional asocia el progreso con el blanqueamiento, el

progreso también está conectado con la integración territorial a través de la colonización y la migración. En esta visión, a medida que la nación se integra territorialmente, también se integra racial y culturalmente.

La frontera y la incorporación de enclaves negros

A menudo, las regiones, localidades y enclaves negros son periféricos, pero no están aislados. Lugares como Puerto Tejada (cerca de Cali) o La Boquilla (cerca de Cartagena) están mucho más conectados con los principales centros nacionales que, por ejemplo, un asentamiento ribereño en la región del Pacífico, pero todos tienen vínculos de algún tipo. Estas regiones y comunidades están, en mayor o menor medida, involucradas en las fuerzas y presiones de la exclusión e inclusión socio-raciales. En algunos casos, los vínculos de las comunidades negras con el mundo no negro se crean e intensifican por su ubicación en la zona fronteriza en expansión de la economía política nacional, que tiende a incorporar cada vez más áreas como la región costera del Pacífico en su ámbito.

Visto desde una perspectiva a largo plazo, gran parte de la historia de Colombia ha sido una expansión de los principales centros coloniales de población alrededor de Bogotá y Tunja en el este, Popayán en el sudoeste y Cartagena en el norte. Después de aproximadamente 1850, una economía agrícola de exportación se expandió en Colombia, basada en auges breves del tabaco, el algodón, la corteza de cinchona (de la cual se extrae la quinina) y en exportaciones más estables de oro, café y bananos (y más recientemente marihuana y cocaína). Tanto los pequeños colonos campesinos (colonos) como los empresarios comenzaron a explotar los recursos forestales y, lo que es más importante, la tierra en las zonas templadas y subtropicales, en altitudes medias y bajas del oeste y el norte de Colombia, hasta entonces relativamente escasamente ocupados e inexplorados (LeGrand, 1986). En general, los colonos fueron los primeros, a menudo expulsados de las antiguas regiones de asentamiento por el minifundismo, la creciente polarización de la tenencia de la tierra y el conflicto político, atraídos a las áreas fronterizas por las nuevas oportunidades de la economía agrícola de exportación. Fueron acompañados en algunos casos, y más frecuentemente sucedidos, por grandes empresarios, terratenientes y especuladores que tomaron la mayor parte de lo que habían sido baldíos (tierras públicas), por medios equitativos o violentos, a menudo empujando a los colonos más pequeños a un lado en el proceso (Fals Borda, 1976; Havens & Flinn, 1970; LeGrand, 1986; Parsons, 1968 [1949]). La "frontera", entonces, tiene una larga historia durante la cual se han ido incorporando cada vez más áreas del país en la economía política nacional. La fuerza impulsora ha sido la de la acumulación de capital, respondiendo tanto a factores internacionales como nacionales (Foweraker, 1981).

La frontera, sin embargo, no es un solo evento homogéneo. La costa del Pacífico, por ejemplo, ha sido una zona fronteriza desde los primeros tiempos de la colonia. La población indígena original ha sido testigo de la colonización primero por los mineros españoles y sus cuadrillas de trabajadores esclavizados, y luego por colonos negros libres o cimarrones. Las élites republicanas mantuvieron algunos intereses mineros y comerciales allí, mientras que los recolectores de caucho y otros, explotaron algunos recursos forestales en ciertos momentos (Brisson, 1895; Parsons, 1967). La asignación de tierras públicas a los empresarios, o su usurpación de ellos también afectó el área (LeGrand, 1986: 52-53). En este siglo, las empresas mineras internacionales establecieron

operaciones a gran escala en ciertas áreas, mientras que, más recientemente, los empresarios del interior del país han invertido en actividades mineras. La extracción de madera orientada a los mercados nacionales e internacionales se ha desarrollado considerablemente. Donde existe tierra apta para la ganadería, ha ocurrido un proceso de colonización por colonos pequeños y empresarios más grandes (Parsons, 1967). Alternativamente, los proyectos de desarrollo estatal han buscado aumentar la productividad de los campesinos negros. Además, si bien uno de los efectos de todas estas actividades ha sido incorporar más a la región a la economía y la burocracia nacionales, su constante aislamiento relativo ha atraído el cultivo de hoja de coca y marihuana y, la minería ilegal en áreas determinadas. La costa del Pacífico, por tanto, ha estado durante mucho tiempo en la frontera de lo nacional y, a través de esto, en la economía internacional, nunca aislada de ella, pero nunca plenamente incorporada en ella. Recientemente, sin embargo, el tipo de expansión posterior a 1850 que empujó a la economía nacional más allá de los viejos centros coloniales de población –una expansión llevada a cabo por colonos y empresarios principalmente mestizos y blancos– ha penetrado más definitivamente en el área, no necesariamente a través de la colonización, sino a través de la minería, el comercio y la extracción de madera. Whitten (1974: 7-9, 74-80) considera que la “demografía social” de la región del Pacífico depende de “la demanda en los mercados mundiales de recursos naturales en el litoral húmedo”.

En las últimas décadas, los procesos de colonización de la región del Pacífico han intensificado y cambiado, con la incidencia de la minería, el cultivo de camarón, las plantaciones de palma africana, y sobre todo la violencia de diferentes actores armados, entre ellos la guerrilla, los paramilitares y el ejército (Oslender, 2004; Wouters, 2000). Al mismo tiempo, ha sido importante la creciente movilización de las comunidades negras como grupo étnico buscando la autodeterminación territorial y la titulación formal de las tierras “baldías” que venían ocupando de manera informal durante varios siglos. Este movimiento tomó fuerza con la legislación multiculturalista que entró en vigor después de la reforma constitucional de 1991 (Asher, 2009; Oslender, 2016; Paschel, 2016; Restrepo, 2013; Wade, 2002a). Para 2014, al menos sobre papel –y vale la anotación–, las comunidades negras eran los dueños legales de más de la mitad del área de la región de la costa Pacífica (Salinas Abdala 2014). Estos procesos han reforzado, de manera ambivalente, la asociación de esta región del Pacífico con lo negro.

La frontera en expansión no es simplemente una penetración motivada económicamente, sino que también se ve desde la perspectiva del centro como una expansión del progreso y la civilización en áreas previamente ignoradas. Es una consolidación de la nación colombiana mediante una extensión de las costumbres culturales del centro hacia los límites del territorio nacional, llevando a la periferia al proceso de mestizaje, entendido como blanqueamiento (Stutzman, 1981; Whitten, 1985: 45). Esto ejerce presión sobre las instancias locales de la cultura negra contraponiéndolas de manera más aguda a las variantes de la cultura nacional no negra. Pone de relieve la oposición entre los polos blanco y negro del orden racial y cultural colombiano (y a menudo también el polo indígena), una oposición que generalmente se ve empañada por una gran variedad de tipos mixtos intermedios. Aquí, sin embargo, los lugareños generalmente se identifican, y se identifican como negros, mientras que los de afuera se categorizan comúnmente y se categorizan a sí mismos, de una manera que opone tanto el mestizo como el blanco a la comunidad negra local (Schubert, 1981; Whitten, 1974: 199). Los representantes inmigrantes de la cultura del interior del país generalmente tienen el control de las estructuras económicas que se establecen en estas zonas fronterizas. La jerarquía básica de cultura, poder y raza se restablece en el

contexto local, pero ahora en una forma más aguda, ya que el bajo estatus de la cultura negra se reitera constantemente por el éxito de los inmigrantes no negros y por sus frecuentes actitudes de desprecio hacia los negros y la cultura negra. Hay una presión sobre la gente negra para que se adapte culturalmente y tal adaptación puede traer beneficios económicos también en términos de un mayor acceso tanto a las instituciones burocráticas locales que forman parte de la economía política invasiva como a las oportunidades económicas controladas por los blancos y mestizos inmigrantes. Sin embargo, no todas las personas negras se adaptan de esta manera. Esto se debe en parte a que no todos pueden esperar acceder a las oportunidades locales creadas por la frontera en expansión: por el contrario, una minoría lo hace. Por lo tanto, confían en las redes y los recursos del mundo negro y se reconstituyen a sí mismos como comunidades con sus propias estrategias de supervivencia y avance (Whitten, 1974; Whitten & Friedemann, 1974). Un aspecto integral de esto son las tendencias exclusivistas de los inmigrantes, manifestadas en actitudes racistas, que retienen el control de las oportunidades económicas dentro de su grupo y niegan a los negros el acceso a ellas. Al adoptar un comportamiento cultural que los inmigrantes ven como más apropiado, la gente negra puede superar la exclusividad hasta cierto punto, pero a menos que la persona negra se abstraiga por completo de la matriz social y cultural negra –y algunas veces, aun así– la exclusividad residual y el racismo permanecen. Además, como señalé anteriormente, la aceptación de las personas negras es condicional no solo en su adopción de costumbres no negras, sino también en la naturaleza individualista de su adaptación. Si los negros como categoría amenazan con volverse competitivos, el racismo tiende a endurecerse y los límites étnicos se vuelven más marcados (Whitten, 1974: 187).

Migración negra a las ciudades

La creciente incorporación de zonas fronterizas es uno de los principales nexos de las relaciones entre negros y no negros en Colombia. La propia naturaleza de la zona fronteriza da lugar al proceso opuesto: la migración de negros de sus regiones y comunidades negras hacia las áreas más activas económicamente en busca de trabajo, simplemente para sobrevivir o con la esperanza de avanzar. La migración negra es un fenómeno variado. Los negros de la región costera del Caribe tienden a migrar hacia Cartagena y Barranquilla, pero también van más allá, hacia Medellín y Bogotá. Los negros del sur del valle del Cauca generalmente van a Cali, pero también pueden ir hasta Ecuador (West, 1957; Schubert, 1981). La migración desde la región del Pacífico ha sido multidireccional, con destinos que incluyen Ecuador, Panamá, la región costera del Caribe y el interior del país (West, 1957). La medida en que la emigración da lugar a un contexto en el que las identidades negra y no negra pierden la ambigüedad de su definición y se vuelven bastante claras y opuestas, depende de la naturaleza del destino. Los migrantes de la región de la costa del Pacífico a Cartagena y Barranquilla, por ejemplo, si bien pueden ser distinguidos culturalmente por los negros locales (e incluso considerados inferiores: los negros “verdaderos”), no crearán tal oposición por derecho propio, pero más bien se insertarán en estructuras que ya existen. En Cartagena, por ejemplo, las oposiciones ocurren en ciertos contextos, como la clase de servidores negros en los suburbios de élite no negros, y también existe una correspondencia generalizada de raza y clase. En general, sin embargo, el mestizaje ha tenido una historia demasiado larga para crear el tipo de oposición negra / no negra que se encuentra en la región del Pacífico. Lo mismo puede decirse de Cali, aunque nuevamente en ciertos contextos las comunidades negras pueden identificarse dentro de la ciudad (Barbary & Urrea, 2004).

La situación es completamente diferente cuando personas negras emigran a Medellín o Bogotá, donde la población negra nativa es prácticamente invisible. Aquí los inmigrantes negros forman una minoría muy distinta (Mosquera Rosero-Labbé, 1998; Rodríguez Echeverry, 2006; Viveros Vigoya & Gil Hernández, 2010; Wade, 1997). Como suele ser el caso, la migración obedece principalmente a motivos económicos, pero nuevamente se ponen de manifiesto cuestiones de mestizaje racial, cultural y físico, blanqueamiento y nacionalidad. En la ciudad, las presiones que afectan a la gente y la cultura negras son aún más poderosas que en la región del Pacífico. En primer lugar, los negros son muy minoritarios, lo que en cierto sentido fomenta su aceptación de manera individualista y también multiplica las presiones que inducen la adaptación que requiere tal aceptación. En segundo lugar, los migrantes están en territorio extranjero: son extraños y hay pocas posibilidades de acudir a una cultura negra ya establecida. En tercer lugar, ciudades como Medellín y Bogotá son centros reconocidos de riqueza, progreso, poder político y blanca.

La posición débil de los inmigrantes negros como extranjeros se ve agravada por la presencia enérgica de la cultura blanca-mestiza encapsulada en su forma urbana por excelencia. En general, los inmigrantes negros entran en este enfrentamiento como personas pobres, sin educación y rurales, que en su mayoría ingresan en los estratos más bajos de la sociedad de la ciudad, lo que dificulta aún más la posibilidad de adoptar una postura asertiva con respecto a la cultura negra. Un fuerte contraste emerge entre la ciudad con su cultura no negra y los inmigrantes negros cuyas modalidades se perciben como típicamente rústicas, poco educadas y negras. Los inmigrantes rurales que no son negros también pueden sufrir asociación con la imagen del "paleta", pero la cultura negra se ve aún más abajo en la jerarquía de la civilización y la urbanidad. Los inmigrantes negros han dejado áreas clasificadas desde la perspectiva del centro como primitivas y periféricas y han penetrado en el corazón territorial y cultural de la nación. Ajustarse a este entorno es visto por el centro como una elección lógica a favor del progreso, la modernidad y la unidad nacional, y los negros también sienten la fuerza de esta lógica.

Cualesquiera que sean las presiones para persuadir a la gente negra a adoptar diferentes formas culturales y tal vez encontrar parejas más blancas, el proceso opuesto también opera. Los inmigrantes negros usan una red étnica negra para resolver los problemas de la vivienda y el empleo en la ciudad; sufren discriminación, tanto en estas esferas como en la calle; hay una lealtad hacia ciertos aspectos de su propia cultura y, para algunos, una afirmación consciente de su deseo de que la gente y la cultura negras sean respetadas como tales. Estos factores crean una resistencia positiva a la adopción total de formas identificadas con la cultura local de la ciudad y, hasta cierto punto, existe un componente espacial en su manifestación. Núcleos negros, temporales y permanentes, se forman en ciertos vecindarios y se convierten en puntos de congregación. Sin embargo, la resistencia a la asimilación cultural no significa la simple "supervivencia" de las formas rurales negras en la ciudad. Estos también cambian y se adaptan sin perder necesariamente su identidad como cultura negra. En efecto, se están elaborando nuevas formas urbanas de cultura negra.

En cualquier caso, la opción de adaptarse o resistir no es solo una cuestión de libre albedrío. La elección está estructurada por procesos urbanos de consolidación económica y vivienda, que involucran factores de tiempo y ciclo familiar, y que afectan la distribución espacial de los negros en la ciudad.

Conclusión

La nacionalidad colombiana es una totalidad relacional en el sentido de que cualquier región, aunque ambigua y contundentemente delimitada, existe en relación con otras, y los significados vinculados a cada una, derivan en parte de las relaciones de diferencia. Así, por ejemplo, la región costera del Atlántico es “negra” en relación con el interior andino, pero “no tan negra” en relación con la costa del Pacífico. Los términos *costeño* (habitante costero de la región atlántica o costera del Pacífico) y *cachaco* (un término típico para alguien del interior del país) pueden estar en oposición relacional, dividiendo ambas costas del interior e implicando una oposición igualmente relacional entre más negro y más blanco. Pero también hay oposición entre el Atlántico y la costa del Pacífico, el primero no es tan negro, pobre o periférico como el segundo. Dependiendo del contexto en el que se establezcan las oposiciones relacionales, *costeño* puede usarse tanto como un sinónimo general del negro, como una forma de distinguir a los *costeños* caribeños de piel más clara de sus co-regionales más negros, categorizados implícitamente como negros. En el primer caso, el interior más blanco contrasta con las costas más oscuras, consideradas juntas; en el segundo, los elementos no tan negros de la costa atlántica contrastan con los “negros” locales, quienes, por implicación, se juntan con los de la región de la costa del Pacífico.

Estas relaciones de diferencia, sin embargo, están lejos de ser democráticas y la gente del interior tiende a arrogarse el privilegio de la presencia original, consignando las periferias a un estatus derivado definido en términos de ausencias –de riqueza, progreso y blancura. De hecho, por supuesto, es una periferia negra pobre lo que hace posible la afirmación de una no-negritud central rica que es siempre de hecho relativa y contingente. La inscripción de la diferencia en el paisaje es fundamentalmente importante no solo porque esto constituye ciertas relaciones sociales (involucradas en la migración y la colonización) en formas racializadas, sino porque la diferencia se experimenta de manera espacial. Uno viaja corporalmente de caliente a fresco, de negro a blanco, cuando se mueve de la costa del Pacífico a Bogotá: es en este sentido que el paisaje tiene una función nemotécnica en “sostener la memoria colectiva” (Taussig, 1980b: 220).

TABLA 1. La población de cuatro regiones y de Santa Fe, varios años, porcentajes

	Chocó		Costa Caribe		Antioquia		Popayán		Santa Fe	
	1778	1808	1778	1825	1778	1808	1778	1825	1778	1825
Blancos	2.3	1.6	11.3	–	16.7	25.6	20.5	–	25.3	–
Indios	36.9	17.8	17.7	–	4.4	4.5	27.7	–	18.9	–
Libres	21.5	60.7	62.4	–	59.4	57.7	32.6	–	49.2	–
Esclavos	39.2	19.8	8.0	3.9	19.3	12.2	18.6	14.2	5.4	3.8
Total	14,662	25,000	158,232	166,058	46,366	106,856	100,290	87,519	742,750	1,229,259

Las regiones utilizadas en esta tabla requieren alguna explicación. En la época colonial, Colombia como tal no existía. En cambio, lo que ahora corresponde aproximadamente a Panamá, Colombia y Ecuador se combinaron en 1718 en el Virreinato de Santa Fe de Bogotá, compuesto por las Audiencias de Quito y Santa Fe de Bogotá. El último, consistió en Panamá junto con Colombia menos los departamentos actuales de Nariño, Cauca y Valle del Cauca. Estos tres eran parte de la provincia de Popayán, que estaba en la Audiencia de Quito (ver Silvestre 1950). Las cifras de la costa atlántica son las cifras combinadas

de las provincias de Cartagena y Santa Marta. Para 1825, la situación había cambiado un poco, y el virreinato como tal ya no existía: Popayán era un área mucho más pequeña (de ahí su menor población total), y se incluyó dentro de la nueva República.

Las fuentes para estas figuras son las siguientes. Para el Chocó: Sharp (1976: 199) que utiliza material de archivo regional para 1778 y aquellas más fuentes secundarias para 1808. Para la costa atlántica y Popayán: Pérez Ayala (1951) para 1778 y Fernando Gómez (1970) para 1825; hasta ahora, no he podido localizar datos de 1808 para estas regiones. Las cifras de 1825 lamentablemente no desglosan la población libre en grupos socio-raciales. Para Antioquia: Pérez Ayala (1951) para 1778 y Parsons (1968: 4) para 1808. Ann Twinam (comunicación personal), que amablemente me dio acceso a las estadísticas de Pérez Ayala y del Anuario Estadístico del Departamento de Antioquia (1888), observa que este último proporciona datos precisos para 1808. Sin embargo, solo divide la población en esclavos y otros: por lo tanto, he utilizado las figuras de Parsons, a pesar de las discrepancias entre los dos cálculos (por ejemplo, el Anuario da el 9.1% de esclavos). Para Santa Fe: Pérez Ayala (1951) para 1778 y Fernando Gómez (1970) para 1825. Una fuente alternativa para las cifras de 1778 es Silvestre (1950 [1789]): hay algunas discrepancias entre sus cálculos y los de Antonio Caballero y Góngora presentados en Pérez Ayala (1951) - las cifras totales de población varían en aproximadamente 80,000 y los porcentajes varían en un 5-8 por ciento - pero los patrones básicos son similares.

Bibliografía

AGIER, M.; ALVAREZ, M. & HOFFMANN, O. *Tumaco: haciendo ciudad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Institut de Recherche pour le Développement, Universidad del Valle, 1999.

AGUDELO, Á.L. Analizar a Colombia, percibir a los "costeños": región y raza entre 1900 y 1950. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 2013, Vol. 18, No. 2, p. 471-491.

APPELBAUM, N.P. *Muddied waters: race, region, and local history in Colombia, 1846-1948*. Durham NC: Duke University Press, 2003.

APPELBAUM, N.P. *Mapping the country of regions: the Chorographic Commission of nineteenth-century Colombia*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2016.

ARBOLEDA, S. *Le dije que me esperara, Carmela no me esperó. El Pacífico nariñense en Cali, 1960-1980*. Cali: FONDS, 1995.

ASHER, K. *Black and green: Afro-Colombians, development, and nature in the Pacific lowlands*. Durham, NC: Duke University Press, 2009.

BARBARY, O. & URREA, F. (coordinadores). *Gente negra en Colombia, dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Cali, Paris: CIDSE/Univalle, IRD, Colciencias, 2004.

BRISSON, J. *Exploración en el Alto Chocó*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1895.

CAMACHO, J. & RESTREPO, E. (coordinadores). *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá: Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología, 1999.

CLOKE, P.; PHILO, C. & SADLER, D. *Approaching human geography: an introduction to contemporary theoretical debates*. London: Paul Chapman, 1991.

CUNIN, E. *Identidades a flor de piel. Lo "negro" entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Traducido por BARRETO, M.C. & VARGAS, G. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de los Andes, Instituto Francés de Estudios Andinos, Observatorio del Caribe Colombiano, 2003.

DANE. *Colombia una nación multicultural: su diversidad étnica*. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2006.

EDER, P.J. *Colombia*. London: Fisher Unwin, 1913.

ESCOBAR, A. *Territories of difference: place, movements, life, redes*. Durham, NC: Duke University Press, 2008.

FALS BORDA, O. *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa atlántica*. Bogotá: Punta de Lanza, 1976.

FALS BORDA, O. *Mompox y Loba*. 4 tomos. Tomo 1, *Historia doble de la costa*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

FOUCAULT, M. *Power/knowledge: selected interviews and other writings*. Brighton: Harvester Press, 1980.

FOWERAKER, J. *The struggle for land: a political economy of the pioneer frontier in Brazil, from 1930 to the present day*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

FRIEDEMANN, N. de. Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología*, 1974, Vol. 16, No., p. 9-86.

FRIEDEMANN, N. de. Negros, monopolio de la tierra, agricultores y desarrollo de plantaciones de azúcar en el valle del río Cauca. En: FRIEDEMANN, N.D. (coordinador). *Tierra, tradición y poder en Colombia: enfoques antropológicos*. Bogotá: Colcultura, 1976, p. 143-167.

FRIEDEMANN, N. de & AROCHA, J. *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1986.

FRIEDEMANN, N. de & PATIÑO ROSSELLI, C. *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Bogotá: Instituto de Caro y Cuervo, 1983.

GIDDENS, A. *The constitution of society: outline of a theory of structuration*. Cambridge: Polity Press, 1984.

GILMORE, R.L. & HARRISON, J.P. Juan Bernardo Elbers and the introduction of steam navigation on the Magdalena River. *Hispanic American Historical Review*, 1948, Vol. 28, No. 3, p. 335-359.

GÓMEZ, F. Los censos en Colombia antes de 1905. En: URRUTIA, M. y ARRUBLA, M. (coordinadores). *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1970.

GREGORY, D. *Ideology, science and human geography*. London: Hutchinson, 1978.

GREGORY, D. Areal differentiation and post-modern human geography. En: GREGORY, D. & WALFORD, R. (coordinadores). *Horizons in human geography*. London: Macmillan, 1989.

GREGORY, D. & URRY, J. (coordinadores). *Social relations and spatial structures*. London: Macmillan, 1985.

GUDIÑO KEIFER, E. *Graffiti*. Tesis de grado, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, sin fecha.

HARRIS, M. *Patterns of race in the Americas*. New York: Norton Library, 1964.

HARRIS, M. Referential ambiguity in the calculus of Brazilian racial terms. *Southwestern Journal of Anthropology*, 1970, Vol. 27, p. 1-14.

HARVEY, D. *The limits to capital*. Oxford: Basil Blackwell, 1982.

HARVEY, D. *Spaces of neoliberalization: towards a theory of uneven geographical development*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2005.

HAVENS, E. & FLINN, W.L. *Internal colonialism and structural change in Colombia*. New York: Praeger Publishers, 1970.

KING, J.F. Negro slavery in New Granada. En: OGDEN, A. y SLUITER, E. (coordinadores). *Greater America: essays in honour of H.E. Bolton*. Berkeley: University of California Press, 1945.

LASH, S. & URRY, J. *Economies of signs and spaces*. London: Sage, 1993.

LEAL LEÓN, C. Usos del concepto 'raza' en Colombia. En: MOSQUERA ROSERO-LABBÉ, C., LAÓ MONTES, A. & RODRÍGUEZ GARAVITO, C. (coordinadores). *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2010, p. 389-438.

LEGRAND, C. *Frontier expansion and peasant protest in Colombia, 1830-1936*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1986.

MARZ AHL, P. *Town in the empire: politics and society in seventeenth-century Popayán*. Austin: University of Texas Press, 1978.

MASSEY, D. *Spatial divisions of labour: social structures and the geography of production*. London: Macmillan, 1984.

MASSEY, D.; ALLEN, J. & ANDERSON, J. (coordinadores). *Geography matters! A reader*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

MCFARLANE, A. 1977. *Economics and politics in the vice-royalty of New Granada, 1739-1810*. PhD thesis, London School of Economics, London.

MCGRAW, J. Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930. *Revista de Estudios Sociales*, 2007, Vol. 27, p. 62-75.

MCGREEVEY, W. *An economic history of Colombia, 1845-1930*. Cambridge: Cambridge University Press, 1971.

MOÑINO, Y. & SCHWEGLER, A. (coordinador). *Palenque, Cartagena y Afro-Caribe, historia y lengua*. Berlin, Boston: Max Niemeyer Verlag, 2002.

MOSQUERA, C.; PARDO, M. & HOFFMANN, O. (coordinadores). *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias. 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Institut de Recherche pour la Développement, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, 2002.

MOSQUERA ROSERO-LABBÉ, C. *Acá antes no se veían negros: estrategias de inserción de migrantes del Pacífico colombiano en Bogotá*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana, 1998.

MÚNERA, A. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2005.

NEELY, B. & SAMURA, M. Social geographies of race: connecting race and space. *Ethnic and Racial Studies*, 2011, Vol. 34, No. 11, p. 1933-1952.

NG'WENO, B. *Turf wars: territory and citizenship in the contemporary state*. Stanford: Stanford University Press, 2007.

OSLENDER, U. Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas. En: RESTREPO, E. & ROJAS, A. (coordinadores). *Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2004, p. 35-52.

OSLENDER, U. *The geographies of social movements: Afro-Colombian mobilization and the aquatic space*. Durham, NC: Duke University Press, 2016.

PARK, J.W. *Rafael Núñez and the politics of Colombian regionalism, 1863-1886*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1985.

PARSONS, J. *Antioquia's corridor to the sea: an historical geography of the settlement of Urabá*. Cambridge: Cambridge University Press, 1967.

PARSONS, J. *Antioqueño colonization in western Colombia*. 2ª ed. Berkeley: University of California Press, 1968 [1949].

PASCHEL, T.S. *Becoming black political subjects: movements and ethno-racial rights in Colombia and Brazil*. Princeton: Princeton University Press, 2016.

PÉREZ AYALA, J.M. *Antonio Caballero y Góngora, virrey y arzobispo de Santa Fe, 1723-1796*. Bogotá: Imprenta Municipal, 1951.

RESTREPO, E. Etnización y multiculturalismo en el bajo Atrato. *Revista Colombiana de Antropología*, 2011, Vol. 47, No. 2, p. 37-68.

RESTREPO, E. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Universidad del Cauca, 2013.

RESTREPO, E. & ROJAS, A. (coordinadores). *Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia*. Popayán, Colombia: Editorial Universidad del Cauca, 2004.

RODRÍGUEZ ECHEVERRY, N. *Estado del arte de la investigación sobre las comunidades de afro-descendientes y raizales en Bogotá D.C.* Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Observatorio de Cultura Urbana de Bogotá, 2006.

SALINAS ABDALA, Y. Los derechos territoriales de los grupos étnicos: ¿un compromiso social, una obligación constitucional o una tarea hecha a medias? *Punto de Encuentro*, 2014, Vol. 67, p. 1-39.

SCHUBERT, G. To be black is offensive: racist attitudes in San Lorenzo. En: WHITTEN, N.E. (coordinador). *Cultural transformations and ethnicity in modern Ecuador*. Urbana: Illinois University Press, 1981, p. 563-588.

SHARP, W. *Slavery on the Spanish frontier: the Colombian Chocó, 1680-1810*. Norman: University of Oklahoma Press, 1976.

SILVESTRE, F. *Descripción del Reino de Santa Fe de Bogotá, 1789*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950 [1789].

SMITH, T.L. The racial composition of Colombia. *Journal of Inter-American Studies*, 1966, Vol. 8, p. 213-235.

SOJA, E. The spatiality of social life: towards a transformative theorisation. En: GREGORY, D. & URRY, J. (coordinadores). *Social relations and spatial structures*. London: Macmillan, 1985.

SOJA, E. *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London: Verso, 1989.

STREICKER, J. Policing boundaries: race, class, and gender in Cartagena, Colombia. *American Ethnologist*, 1995, Vol. 22, No. 1, p. 54-74.

STUTZMAN, R. El mestizaje: an all-inclusive ideology of exclusion. En: WHITTEN, N.E. (coordinador). *Cultural transformations and ethnicity in modern Ecuador*. Urbana: University of Illinois Press, 1981, p. 45-94.

TAUSSIG, M. *The devil and commodity fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980a.

TAUSSIG, M. Folk healing and the structure of conquest in South-West Colombia. *Journal of Latin American Folklore*, 1980b, Vol. 6, No. 2, p. 217-278.

TAUSSIG, M. *Shamanism, colonialism and the wild man: a study in terror and healing*. Chicago: Chicago University Press, 1987.

TIRADO MEJÍA, A. El estado y política en el siglo XIX. En: PROCULTURA (coordinador). *Manual de historia de Colombia*, Tomo 2. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1984.

TWINAM, A. *Miners, merchants and farmers in colonial Colombia*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1982.

URRY, J. Localities, regions and social class. *International Journal of Urban and Regional Research*, 1981, Vol. 5, No., p. 455-474.

URRY, J. Social relations, space and time. En: GREGORY, D. & URRY, J. (coordinadores). *Social relations and spatial structures*. London: Macmillan, 1985.

VIVEROS VIGOYA, M. & GIL HERNÁNDEZ, F. Género y generación en las experiencias de ascenso social de personas negras en Bogotá. *Maguaré*, 2010, Vol. 24, p. 99-130.

WADE, P. *Gente negra, nación mestiza: las dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Traducido por MEJÍA, A.C. Bogotá: Ediciones Uniandes, Ediciones de la Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, Instituto Colombiano de Antropología, 1997.

WADE, P. The Colombian Pacific in perspective. *Journal of Latin American Anthropology*, 2002a, Vol. 7, No. 2, p. 2-33.

WADE, P. *Música, raza y nación: la música tropical en Colombia*. Bogotá: Vicepresidencia de la República de Colombia, Departamento Nacional de Planeación, 2002b.

WEST, R.C. *The Pacific lowlands of Colombia: a negroid area of the American tropics*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1957.

WHITTEN, N. *Black frontiersmen: a South American case*. New York: John Wiley, 1974.

WHITTEN, N. *Sicuanga Runa: the other side of development in Amazonian Ecuador*. Urbana: University of Illinois Press, 1985.

WHITTEN, N. & FRIEDEMANN, N. de. La cultura negra del litoral ecuatoriano y colombiano: un modelo de adaptación étnica. *Revista Colombiana de Antropología*, 1974, Vol. 17, p. 75-115.

WOUTERS, M. Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó. En: PARDO, M. (coordinador). *Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias, 2000, p. 259-285.

